



Santiago Bernabeu, delantero del «Real Madrid»



Juan Monjardín, delantero centro del «Real Madrid»

BERNABEU ANUNCIA SU RETIRADA Y MONJARDÍN PROMETE SECUNDARLE

ENTRO en un cuarto reservado y, silenciosamente, procurando pasar inadvertido, me colocó a la espalda de Bernabeu.

Surgen tres sotas y, á seguida, el monín...

Tímidamente, con alegría contenida, abre el pó. No obstante, ninguno recoge el reto...

—¿Nadie?...

Muestra la jugada, y, rápido, volviéndose á mí:

—Le había visto. Es usted más puntual que un clavo. Las ocho.

Y me somete la mano á la tortura de la suya. ¡Estos atletas!...

Me pregunta:

—¿Ha venido Monjardín?

—Está en el salón grande, enfrascado en una partida de dominó, doblándose á la blanca y poniéndolos á «ajos»...

Ya en el pasillo, le detengo.

—¿Le apasiona el póker?

—Nada. Es por pasar el rato. Habrá visto usted; jugamos con fichas valoradas en céntimos; echamos á paso lento y agrega:—Yo no concibo aventurar mi dinero con el de los amigos, y, por otra parte, jamás he departido en el juego con extraños.

Antes de entrar en busca de Monjardín:

—¿Cómo reparte sus ratos de ocio fuera del club?

—Leo mucho, y ahora, como un nuevo deporte, estudio. Estoy preparando unas oposiciones á cónsul.

Minutos después, en el club de «los veinte», un reducido salón, contiguo al del equipo.

Cuatro ó cinco mesas de tresillo, algunas sillas y tres perchas volantes constituye todo el mobiliaje de la habitación. En las paredes, ampliaciones del Guerra, Ricardo Torres Bombita y Belmonte; fotos de éste último en afortunados momentos de su vida taurina; un cuadro con los nombres de los incondicionales del «fenómeno»: Miguel Serrano, Tapia, Natalio Rivas, Julián Cañedo, Fernando Gillis, Bombita, Corrales... (Falto yo; que me apunten.)

Me resguardo un momento tras de los cristales del único balcón que tiene la estancia.

Llueve. En el barnizado pavimento refulgen los focos de los automóviles como grietas de luz subterránea. Las farolas anunciadoras que guardan la entrada á la calle de Peligros, son como ojos avizorantes ó señales luminosas de policemen en la niebla londinense...

Se acerca Monjardín.

—¡Buen día para salir de conquista con un paraguas!

—¡Hombre, usted no necesitará recurrir á los días de lluvia!

Recoge el sentido de mi réplica:

—¡Ah!... ¿También cree usted esa leyenda? ¡Ni que me bañase en miel de la Alcarria!

—Pero cartas de admiradoras, yo sé que ha tenido muchas.

—Y amigos guasones también; tuve una época que fui el filo de sus chanzas, y recibía más correspondencia que un ministro.

—¿Qué otro deporte prefiere aparte del fútbol?

—Imagínese; á los veinte años... Si pudiera, no practicaría otro deporte.

—Alguna anécdota ligada á esa plausible afición de usted.

—Le voy á contar la más pueril. Fué en Gijón, el año pasado. Cuando salí al campo, una modistilla, muy guapa por cierto, no pudo reprimir su desilusión al verme, expresada en estos términos: «¡Tanto hablar de Monjardín, y tiene las piernas torcidas!...» No sé qué idea se habría forjado de mí aquella señorita; el caso es que yo las puse á su disposición, con el reparo del que ofrece algo defectuoso, y si no salgo á paso gimnástico, me araña.

Nos unimos á Bernabeu y se generaliza la charla.

Le objeto:

—Siendo el decano del equipo, ya no jugará con la afición de antes.

—Con la misma, y, si cabe, más; sin embargo, cuando termine la temporada...

Interrumpe Monjardín:

—No haga caso, á Santiago le queda «cuerda» para diez años lo menos.

—No, no—opone Bernabeu, seriando el rostro hasta lo dramático—; sólo jugaré este año.

—Verá usted—dice Monjardín—, éste se retira con frecuencia. Hace cuatro años, en Coruña, frente al mar, le dió «la román-



Bernabeu y Monjardín, los inseparables compañeros de la línea de ataque del equipo campeón de Castilla

FOTS. DÍAZ

tica... «Toma; ya no vuelvo á jugar más», y me regaló todos los avíos con que salimos al campo. Efectivamente, cuando llegamos á Madrid, me los pidió. ¡Para que le crea usted!...

Bernabeu asiente con su sonreír bondadoso. Y afirma de nuevo:

—Me retiro. Se lo garantizo.

Salta Monjardín:

—¿Sí?... Pues yo haré que eso no suceda, y si no lo consigo, diga usted—me dice—que Monjardín se retira también. Palabra de honor.

—¿Influye en sus decisiones el público?

—Bastante. Quizá el todo. Hoy día nos exigen como á profesionales, y tenemos todos los inconvenientes de éstos y ninguna de sus ventajas. Aquí—continúa Bernabeu—debía existir, como en Inglaterra, la liga de profesionales y la de *amateurs*. Algo de esto ocurre en España, y cuando desenmascaremos á los que, directa ó indirectamente, perciben honorarios, no quedará otro remedio que constituirnos en esa forma. Y otra cosa será el deporte.

—¿Qué beneficios les reporta á ustedes el futbol?

—Ninguno—dice Bernabeu.

—Y á mí—añade Monjardín—broncas en mi casa, «leñazos» en el campo, y suspensos... Y no quiero decirle si tengo una mala tarde: hasta mi hermana pequeña se mete conmigo.

—¿Con qué ánimo sale al campo?

—Con el de ganar. Pero la emoción que me apodera cuando tengo el balón entre los pies, resta soltura á mis jugadas.

—¿Cuál ha sido su actuación más desgraciada?—sigo preguntando á Monjardín.

—Este año, en el partido de probables y posibles, entrenándonos para competir con Portugal; á unos metros de la portería, frente á Zamora, con el pelotón «á placer», tuve el fallón más grande de mi vida... ¡Qué griterío se armó, y con razón!—añade, recriminándose con un gesto.

—Por eso—tercia Bernabeu—, si yo tuviese la edad de éste, me hacía profesional ó no jugaba en público.

—Una pregunta á su autoridad futbolística, Bernabeu: ¿cuál es el jugador más extraordinario que tiene España?

—René Petit, del que tenemos todos que aprender mucho.

—Y usted, Monjardín, ¿por cuál jugador de su equipo se decide su admiración?

—Por Félix Pérez.

—¿Y de «los rivales»?

—Triana.

—Recuerde una anécdota suya, Bernabeu.

—En el campo de Almansa (Albacete), de donde soy, organizamos una matanza de pichones. Y acerté con uno, que fué rastreando á caer en la red. Es el *goal*—añade riendo—del que más satisfecho he quedado.

—¿Cuál es el percance más serio que ha tenido en los campos?

—Jugando contra el Barcelona, el año que fuimos campeones de España. Salí del campo con un tratado completo de Patología: orquitis, hernia, dilatación del anillo inguinal del lado contrario, flebitis, y un dolor de cabeza que creía enloquecer.

Y, á su vez, Monjardín:

—El derrame sinovial de las rodillas, que me tuvo alejado de los campos durante medio año, del que estoy completamente restablecido.

—Esa cicatriz que tiene en la frente...

—Una patada de Sacristán, uno de los jugadores más *limpios* de la región; se alineaba, entonces, en el Racing, y ahora defiende al Unión.

—¿Qué opina usted de Juanito Carcer?

—Que ha traído una norma al equipo y ha conseguido que nos entrenemos.

Inmediatamente, á Bernabeu, espiándole el rostro:

—¿Qué concepto tiene usted de su compañero, en el campo?

—Progresá á pasos agigantados. De aquellas jugadas suyas, intuitivas, geniales, si se quiere, á la ciencia que hoy va echando al balón, hay una gran diferencia...

Cuando Monjardín va á rechazar el elogio, le pregunto:

—¿El mejor árbitro?...

—Vallana... cuando quiere. De los pasados, Berraondo.

—Formen ustedes un equipo internacional.

Cuchichean breves instantes y, al cabo, va citando Bernabeu:

—Zamora; Vallana, Pololo, Samitier, Meana, Sabino; Piera, Armet, Travieso, Carmelo, Del Campo.

—Para terminar, Monjardín, ¿cuál es el ideal de su vida?

—Acabar la carrera de ingeniero industrial. ¡Me da más guerra eso!...

—¿Es usted mal estudiante?

—Malísimo. Rematadamente malo. Pero no lo diga usted, porque en mi casa me matan... Esa sinceridad se la confío á un amigo.

—Reconocido, y se la devuelvo con mi admiración.

LORENZO RODERO

La Novela Semanal

PUBLICARÁ EN EL MES DE MARZO

LA VIEJA IZERGUIL

por MÁXIMO GORKI (ruso)

CADA UNO Y SU VIDA

por G. MARTÍNEZ SIERRA (español)

HERRUMBRE

por MARIO PUCCINI (italiano)

LA ROSA DE PAPEL

por VALLE INCLÁN (español)

El hijo pródigo y su padre

por FRANCIS DE MIOMANDRE (francés)

La Novela Semanal

PUBLICARÁ EN EL MES DE ABRIL

SEÑORITA Y SOR

por GABRIEL MIRÓ (español)

EL GLORIOSO ABUELO

por ROCHA MARTINS (portugués)

El secreto de un disfraz

por CONCHA ESPINA (española)

El novio desaparecido

por GRAZIA DELEDDA (italiana)

La Novela Semanal

publicará próximamente originales
de los más ilustres novelistas extran-
jeros y de los españoles

Palacio Valdés, Azorín, Ricar-
do León, Baroja, "El Caballero
Audaz", Francisco Acebal, Her-
nández Catá, Manuel Bueno,
Zozaya.

La Novela Semanal

SOLO PUBLICA OBRAS
RIGUROSAMENTE INÉDITAS

Precio: 30 céntimos